



JOAQUIN TELLEZ.



JOAQUIN TELLEZ

No conocéis. . . ? no hay que alarmarse, no voy á decir:

¿No conocéis á *Laura*? como Selgas, sino que digo: ¿no conocéis la historia del asno de Apuleyo? Seguramente que sí, á lo ménos el argumento, en una comedia que se llama «*La Almoneda del Diablo*;» pero me hace tanta gracia ese cuento, que no puedo resistir al deseo de decir algo sobre él, acompañando la relacion con su respectiva moraleja.

Pues cuenta el hombre, que un jóven llamado Lucio, llevado por sus negocios á Tesalia, se alojó en la casa de un viejo cuya mujer era maga de primer orden. Lucio (no el médico, sino el del cuento), quizá por aprovechar el tiempo ó porque como dijo un sabio: el hombre es fuego, la mujer estopa, y viene el diablo y sopla, en un

quítame allá esas pajas, contrajo relaciones amorosas con Fotis, criada de la casa, ó doncella como la llaman los españoles á pesar de Quevedo.

La cosa era muy natural; él era hombre, ella mujer, y el diablo debe de estar soplando todo el día en casa de una hechicera.

Lucio, que entre todas sus buenas cualidades tenia la de ser curioso, consiguió que la doncella (de labor) lo llevara á espiar por la hendedura de una puerta á la señora de la casa, que untándose cierta pomada se convertia en lechuza y se echaba á volar por esos mundos sin temor del prójimo, como noticia de periódico.

El galan comprometió á la muchacha á que lo introdujese á la cámara de la bruja, y como es un hecho que todo lo vence el amor, ella condescendió, y Lucio, que por lo visto era muy frágil para las tentaciones, no pudo resistir á la de unirse como la vieja para trasformarse en ave. Pero ¡oh dolor! como diria el padre Burguichani, *trastrucó* los frenos, segun la expresion de los rancheros, tomó un bote por otro, se ungió, y quedó convertido en asno.

Hé aquí, lectores, ni más ni ménos, lo que me ha sucedido. Habréis extrañado, porque estoy seguro de que lo habeis extrañado, que durante tantos dias haya dejado de escribir ocupándome de los hombres que en esta tierra emprenden el bloqueo ya que no el asalto al Parnaso, pretendiendo rendir á las musas por hambre cuando no

pueden conquistarlas como Sai á la capital de la Persia en los tiempos de Omar.

Pero esa ausencia ha consistido en que equivocando los brevajes, en vez de seguir mi tranquila prosa metíme á poeta, y el resultado fué la huelga de las musas.

Hoy vuelvo á la carga y á preguntar: ¿no conoceis á Joaquin Tellez? Pues Joaquin Tellez es uno de nuestros poetas más inspirados y más fecundos; pero como sucede constantemente, los sucesos de la vida pública y privada influyen sobre el carácter del individuo, el carácter influye sobre las musas, las musas sobre los versos, y éstos en la popularidad de cada meritorio de la Castálica oficina.

Enfermedades, desgracias de familia, ingraticudes de los Gobiernos y contrariedades sin cuento en la política, agriaron el carácter de Tellez que sin todo esto hubiera sido un poeta festivo de gran valia y un gran escritor satírico y chispeante.

Pero casi tiene abandonadas á las nueve hermanas de Apolo, y nada más de cuando en cuando, como las fiebres intermitentes, suele dar señales de vida literaria con beneplácito de sus amigos.

Cero cree que debe sacar del olvido en que ahora yace el nombre de Tellez, y á fe que lo merece, siquiera por la novedad con que presenta siempre sus pensamientos.

Joaquin Tellez ha sido para nuestra literatura lo que son en la diplomacia aquellos que conservan los archivos

de una legacion, durante el tiempo en que una guerra interrumpe las relaciones amistosas, y ha permanecido al lado del altar en que se apagó el fuego sagrado que nuestros poetas encendieron en la academia de Letran y en la primera época del Liceo Hidalgo, con Lacunza, Granados Maldonado, Alcaraz, Ramirez, Gonzalez Bocanegra, Félix Escalante, y otros, hasta que volvió á levantarse la llama muchos años despues con Pimentel, Mateos, Rodriguez y Cos, Anselmo de la Portilla, Peredo, Ramirez, Prieto y Riva Palacio.

El Liceo Hidalgo cerró sus puertas por segunda vez, y Tellez, inconsolable como la viuda de Mausolo, vaga tristemente por las tardes en los ya abandonados jardines de la Plaza de la Constitucion.

¡Cuánto diéramos por oír una de esas lamentaciones en que Joaquín Tellez y su buen amigo Rodriguez y Cos pasan como en revista las notabilidades literarias de estos calamitosos tiempos!

— «Ya ve usted, dirá Tellez, el estado de postracion á que ha llegado nuestra literatura; nadie se ocupa ya del estro sino de los negocios; de todos nuestros literatos, los que no han muerto se han dado de baja ó están retirados á dispersos. El Liceo Hidalgo, si llegara á reunirse, presentaria el aspecto del cuartel de inválidos de Santa Teresa á la hora de tocar lista.

«Oiga usted no más: Ramirez, muerto; Prieto, con una inspiracion tan poderosa entreteniéndose en escribir

la musa callejera que no le trae honra ni provecho; Pimentel, estudiando á solas léjos de la capital y diciendo quizás como Scipion: ingrata patria, no tendrás tú mis huesos; Alcaraz, aprendiendo á orador en la escuela de sordo-mudos; Mateos, consagrado á los negocios despues de habernos dado como despedida en el teatro una coleccion de aves, la blanca, la negra, y quién sabe cuántas otras; Justo Sierra, metido á positivista y á catedrático de historia; el Dr. Peredo, perdido; figúrese usted que lo han hecho miembro de la Academia Mexicana; ¿y usted y yo? nadie nos hace caso, ni nosotros se lo hacemos á nadie. Desengáñese usted, los dioses se van.

«No es posible que haya un hombre que piense en componer un poema, cuando puede conseguir que lo nombren Inspector de un ferrocarril; ni quien escriba una oda cuando le pueden escribir una credencial de diputado; ¿quién ha de llenar tres columnas de un periódico con una leyenda como la de Juan de las Peñas que yo compuse, si tiene más cuenta incensar al Gobierno ó deturpar á los gobernantes, que al cabo todo viene á parar en dinero? ¡Qué locura será firmar una letrilla cuando se puede firmar una póliza! ¡Qué insensatez la de contar las sílabas cuando en más breve tiempo se puede contar una quincena!

«Quédese para los tontos y para nosotros los retirados, ocurrir mejor al Liceo Hidalgo que á la cantina del Globo ó á la casa de Messer. ¿Quién canta ya á Laura,

á Elvira, á Lesbia ó á Felisa y consume su tiempo en platónicos amores, habiendo de sobra tantas que llevan un nombre de combate y con quienes se baila y se divierte, sin fastidiarse escribiendo sonetos y madrigales?

«Ni cómo puede llamarse ilustrado y literato á quien extraña en la comedia á Breton, en la tragedia á Quintana, y en la ópera á Rossini, á Bellini, ó á Meyerbeer, pudiendo instruirse y gozar con *La Marjolaine*, *La Mascotte* ó *Le jour et la nuit*?

«La poesía va ganando á cada momento en fuego y en expresion; aquellos versos sentidos y caballerescos que eran nuestras delicias hace pocos años, aquellos arrebatos patrióticos que nos conmovian, han desaparecido, y como en las trasformaciones de los teatros, *la dama y la patria* se desvanecieron y no quedan más que *la bembra y el presupuesto*.

Antes á una mujer se le decia con Quintana así:

¡Ah Célida! Quien sepa
En esa faz tan nítida y tan bella
Buscar, hallar la imperceptible huella
Del triste afan que dentro te consume;
El que presente te respete y llore
Por volver á tus piés cuando esté ausente,
Si siente al fin como mi pecho siente;
Ese te ame feliz, ese te adore.

«Ahora se le dice á una mujer: yo te quiero dar veinte mil besos, y morderte los carrillos, y pellizcarte los bra-

zos, y hacerte cosquillas, y gozar contigo hasta saciar todos los deleites del amor.

«Áteme usted esos cabos; ¡qué respeto á las damas y al público!

«Antes se le decian á la patria cosas como ésta que dijo el gran Quintana, despues de la guerra con los franceses en 1808:

Sí, yo lo juro, venerables sombras;
Yo lo juro tambien, y en este instante
Ya me siento mayor. Dadme una lanza,
Ceñidme el casco fiero y refulgente;
Volemos al combate, á la venganza:
Y el que niegue su pecho á la esperanza,
Hunda en el polvo la cobarde frente.
Tal vez el gran torrente
De la devastacion en su carrera
Me llevará. ¡Qué importa! ¿Por ventura
No se muere una vez? ¿No iré, espirando,
A encontrar nuestros ínclitos mayores?
“¡Salud, oh padres de la patria mia,
Yo les diré, salud! La heróica España
De entre el estrago universal y horrores,
Levanta la cabeza ensangrentada,
Y vencedora de su mal destino,
Vuelve á dar á la tierra amedrentada
Su cetro de oro y su blason divino.”

«Hoy con la mayor frescura se publican sonetos á la patria como este de Ipandro Acaico á quien todos conocemos:

Desventurada raza mexicana,
Mandar no sabe; obedecer no quiere;

Al que aclamaba rey, voluble hiere;
Al que hoy ensalza abatirá mañana.

Victoriosa faccion republicana,
No goces, no; Maximiliano muere,
Mas en tu seno sobra quien impere
Con despótica vara y ley tirana.

Despues del que hora sacudir te plugo
Con infanda traicion, otro más grave
Romperá tu cerviz sangriento yugo;

Y nunca satisfecha, harás que clave
Siempre nuevos puñales el verdugo
Y roja tumba á sus señores cave.

—«Tiene usted mucha razon, ha de haber exclamado Rodriguez y Cos; los tiempos están cambiados, y los dioses no se van, porque ya se han ido.

—«Evidentemente, continuaria diciendo Joaquin Te-
llez, no estamos en la época de la literatura ni de la poesía. Medir versos para recibir desengaños no puede halagar á quien tiene facilidad de medir kilómetros para recibir una subvencion. El libro es imposible, porque, en lo general, los literatos somos pobres y no podemos imprimir por nuestra cuenta; los editores son más escasos que el ave Fénix, y á fe que tienen razon; gástese vd. dos ó tres mil duros en imprimir una novela de Juan Mateos, las obras dramáticas de Chavero ó las poesías de Justo Sierra, para que los que tengan deseos de leer, presenten como moneda corriente la gratitud y pretendan adquirir

las obras á cambio de un apretón de mano. ¿Qué editor, aun pudiendo, lleva el heroísmo á tal sublimidad?

« En cambio, nos inundan las imprentas del extranjero con novelas de Fernandez Gonzalez, de Perez Es-
crich ó de D. Pascual del Riesgo. El papel para las impresiones es malo y caro, porque en la escuela económica de nuestros gobiernos se ha adherido como un pulpo, el pensamiento *ilustrado y progresista* de proteger á los fabricantes de papel, y ¡á costa de quién! de la literatura nacional; porque las ediciones mexicanas tienen que salir caras y malas como es el papel; las extranjeras buenas y baratas, y el público de nuestra patria, poco afecto á lo que produce el país, todo viene á dar como preciso resultado que el pobre autor ande con sus manuscritos de la casa de un editor á la de un amigo, á las antesalas de los Ministerios y á las redacciones de los periódicos, buscando un modo de poder dar á luz sus obras, porque el precio del papel, *gracias á la proteccion á la industria nacional*, necesita escritores millonarios, ó editores pródigos.

« La literatura se refugia en el periodismo: ¡ay amigo! ¡y lo que pasa en el periodismo!

« Un periódico significa un contrato entre el editor y el Gobierno, ó el editor y los suscritores. En el primer caso acontece aquello que por nuestra tierra se llama entre el vulgo comprar un valiente. El Gobierno dice: yo te ayudo y tú me defiendes, y el editor traduce: tú me pagas, y yo hago lo posible por no comprometerme.

« En el segundo caso el editor le dice al público: cómprame el periódico y te prometo ser independiente. Y el público traduce: yo pago un peso cada mes para ver todos los días á nuestros gobernantes como chupa de dómine.

« Una vez establecido el periódico, se contrata el cuerpo de redaccion y se organizan los trabajos.

« Todo periódico se divide en cuatro partes: editorial, llenos, gacetilla y avisos. No pongo de quinta parte el folletin, porque ese es como las cortinas de los balcones, puro adorno.

« El editorial debe dar su color al periódico. Si éste es subvencionado, el editorial debe ser una constante alabanza, todo conforme á las costumbres de China, porque en el Celeste Imperio, patria imaginariamente adoptiva de un señor Caravantes, se dice siempre que todo magistrado es íntegro, todo orador elocuente, todo poeta inspirado, toda medida del Gobierno sábia é ilustrada, toda desgracia inmerecida, y que los sabios de aquel dichoso país tienen obligacion de borrar en cuanto documento leyeren, todo lo que pueda atacar la reputacion, eclipsar la gloria ó manchar el buen nombre de los emperadores y mandarines.

« No de otra manera se guisan aquí las cosas. En un editorial de periódico subvencionado en la patria de Moctezuma, y en el año de mil ochocientos ochenta y dos, pululan y hierven los héroes, y los sabios, y los magnánimos, y los virtuosos, y no hay disposicion que vaya

fuera de acierto ni proyecto en que el « éxito más completo » no corone de gloria al iniciador.

Si es periódico independiente, entónces ¡ ancha Castilla! á vuelta de cuatro números no queda títere con cabeza, ni hay gobernante que tenga buenas intenciones, ni administrador de los fondos públicos que no se revuelque en el fango del cohecho y del peculado, ni antecedentes gloriosos que salgan ilesos de aquellas flechas, ni nombre que valga la pena de mentarse con respeto en el extranjero.

Los hombres públicos que forman parte de la administracion, quedan tales entre las garras de uno de esos periódicos, que no hay lugar sano por donde tomarles, y á juzgar de nuestras cosas y de nuestros hombres por estas producciones, en nacion extraña, preciso será declarar que la República es un caos y que todos nuestros gobernantes han sido, son y serán fieras tan repugnantes, que Claudio, Neron y Calígula no les llegan al tobillo en materia de maldades y desaciertos.

Para combatir una eleccion presidencial, se pone en duda hasta la nacionalidad del candidato, y por atacar á un ministro de Estado se levanta una cruzada en favor de una nacion que lucha con nosotros por cuestion de límites.

Se hiera á un ministro de Fomento porque tiene empeño en atraer la colonizacion; el establecimiento de un Banco se declara peligro de la independencia nacional;

la reorganización del ejército, arranca un grito de indignación; los establecimientos de Beneficencia traen sobre el Secretario del Interior el anatema más espantoso; se pinta á la patria al borde del precipicio; se agotan los colores de la paleta para figurar la tempestad más deshecha,

Y el mundo en tanto, sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío.

Pasemos á la gacetilla. La gacetilla debe de tener las condiciones de la buena granizada, segun dicen los rancheros: tupida y maciza.

Es necesario dar muchas noticias y todas de sensación, aun cuando sean falsas y aun cuando nos hagan aparecer como una nación de bárbaros ante el mundo civilizado.

Para esto, surtidoras fuentes son la crónica de los tribunales, los partes de policía, los pronunciamientos verdaderos y supuestos, y los « siniestros » que diariamente « ocurren. » Una madre que ha devorado á seis de sus hijos, da materia para un buen párrafo. Por supuesto que la tal madre fué una rata que se comió sus crías por falta de otro alimento; pero se cambia el teatro y se varían los personajes, y al día siguiente corre de boca en boca la noticia de que en el puente de Chiribitos, una mujer, llamada Leona Ratajo, ha devorado á toda su familia.

Todo cabe en la gacetilla y de todo hay necesidad de hablar. En cualquier matrimonio, al marido se le llama *el distinguido amigo nuestro*, y á la novia *la bella y virtuosa*

señorita, deseándoles siempre *una eterna luna de miel*, aunque esto no le importe al periodista ni á los conocedores prácticos de los almíbares de esas lunas.

Toda defunción se anuncia como si se copiara la lápida: *tierno hijo, amante hermano, inmejorable esposo, virtuoso padre, eminente ciudadano*, sin faltar por supuesto lo de *séale la tierra leve*, deseo que no puede estar conforme con las intenciones del sepulturero, del Consejo de Salubridad y probablemente con las de los herederos, si el difunto ha legado algunos bienes terrenales de aquellos cuyo aborrecimiento nos predicán siempre los ascéticos.

En la gacetilla es necesario tratar á todo el mundo con confianza, aunque no se le conozca; por ejemplo, jamás ha visto el gacetillero á D. Pedro Diez Gutierrez, gobernador de San Luis, ó si le trata es siempre con el mayor respeto; pues bien, se habla de una escuela en la capital del Estado, y se suelta un párrafo del tenor siguiente:

« *Escuelas.*—Ayer se ha inaugurado una escuela dotada « con todos sus útiles en San Luis Potosí, merced á los « esfuerzos del gobernador.

« ¡ Bien, Perucho! »

Y se preguntará: ¿quién es este Perucho á quien tratan con tanta confianza? Pues es ni más ni menos que el primer magistrado de aquella entidad federativa.

Dice otro párrafo:

« *Seguridad pública.*—Segun las noticias de nuestros cor-

«responsales, es completa en todo el Estado de Puebla.

«¡Hurra por Juanillo!»

Pues este Juanillo es el señor general D. Juan N. Mendez, respetable no sólo por su posición social sino también por su edad y por sus méritos.

El día ménos pensado sale un periódico diciendo:

«Pepe Vigil y Nacho Vallarta, en unión de Peredito, van á escribir la historia de Nacho Comonfort, que se publicará en la imprenta de Pancho Diaz Leon, con prólogo del viejo Ramirez, y dedicada á Porfirio.

«Se recibirán las suscripciones en la imprenta de Filomeno, y si se quieren hacer envíos fuera de la capital, bastará entenderse con Navita ó advertirlo en la alcena de Martinez.»

Usted comprenderá que todas estas confianzas son peores que las de casa de vecindad; pero ¡qué! la gaceta que mejor imita á una *casera* es la más apetecida y la que más se vende.»

Después de una larga tirada, Tellez toserá magistralmente, quedará un momento en silencio y seguirá diciendo:

—«¡Qué cosas? ¡Y qué maltratada anda la literatura en los periódicos! Yo he visto hace muy poco tiempo, dos meses, un párrafo que he aprendido de memoria:

«Curioso.—El palacio de la primera exposición veracruzana ha sido fabricado en miniatura por un hábil é in-

«teligente industrial, bajo una rigurosa escala de medio centímetro por metro.

«Sabemos que próximamente se enseñará en algunas redacciones para que la prensa emita un juicio imparcial sobre la obra á que nos referimos.»

«Realmente al que debían de pasear por las redacciones, sería al autor de este párrafo; en él dice lo que no quiso decir, y lo que quiso no lo dijo; pues nadie deja de entender que lo que se ha hecho en miniatura es el verdadero palacio, y no un modelo como quiso decir el gacettillero.

«Y versos de este corte que valen bien la pena de aprenderlos de memoria como lo he hecho yo.

Adios. . . . Yo te perdono,

Mi alma no te implora,

No puede despreciarte,

Y ménos olvidar;

Pero también te digo. . . .

Que esa alma no te llora

Que se conserva altiva. . . .

Que tu desden no adora. . . .

Y todos los desprecios

Los sabe perdonar.

«Nada, no hay que acumular citas, abundante pasto pueden dar para estas críticas muchos de nuestros periódicos; pero nadie se toma el trabajo de escribir una crítica literaria, quizá porque á nadie le importa el asalto de los nihilistas al Parnaso, ó porque como todos bus-

can provecho, nadie quiere buscarse malas voluntades.»

De seguro que todo esto dirá Joaquin Tellez; y lo dirá, porque una de sus cualidades como literato ha sido la franqueza. Jamas he oido á Tellez hacer una alabanza á un mal verso, y le critica sin compasion en las barbas de su aütor, por más que éste sea una persona á la que Tellez le merezca gran cariño. Mucho hubiera ganado la literatura mexicana si Tellez no hubiera perdido su aficion al periodismo, y hubiera fundado y escribiria un periódico crítico puramente literario.

La ocasion hace al ladron, dice el refran; pero tambien el ladron hace á la policia; la impunidad forma á los malos literatos que faltan al respeto al público, haciendo imprimir lo que ni siquiera deberian haber escrito; pero esta plaga hará nacer el correctivo. Vamos andando.

